

www.elboomeran.com

Edición y prólogo de
Lolita Bosch

Voces

Antología de narrativa
catalana contemporánea

Traducción de Anna Carreras y Tània Juste



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Veus de la nova narrativa catalana
Edicions 62
Barcelona, 2010

La traducción de esta obra ha contado con una subvención
del  **institut**
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Irene Bosch

Primera edición: septiembre 2010

© De la edición y prólogo, Lolita Bosch, 2010

© De la traducción, Anna Carreras y Tània Juste, 2010

© De esta edición, EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7217-0

Depósito Legal: B. 32623-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

ÍNDICE

<i>Prólogo: Sólo cuando olvido que el tiempo, un día, se nos termina, por Lolita Bosch</i>	11
Guillem Sala i Lorda, <i>El héroe / La caja</i>	19
Neus Canyelles, <i>Teníamos casas nuevas</i>	33
Albert Roca, <i>Inadaptado</i>	39
Toni Sala, <i>Los otros / Yermo</i>	47
Albert Sánchez Piñol, <i>Cuando caían hombres de la Luna . . .</i>	57
Jo Alexander, <i>Los niños ciegos de Argenville</i>	69
Ramon Erra, <i>Un sí es no es de margaritas</i>	75
Maite Salord, <i>La añoranza de las piedras.</i>	81
Edgar Cantero, <i>El urinario de Hesíodo</i>	89
Pep Puig, <i>Clara Bou.</i>	97
Laia Noguera i Clofent, <i>Trenes / Cubitos</i>	109
Ricard Biel, <i>Dos indios.</i>	115
Francesc Serés, <i>Morir en Barcelona.</i>	129

Víctor García Tur, <i>Re#</i>	145
Anna Carreras, <i>El último peldaño La hélice de los «outsiders»</i>	151
Pere Guixà, <i>Galón forjado con seda</i>	157
Juan Díaz Acuña, <i>El hombre terminal</i>	173
Mònica Batet, <i>Capítulo XII</i>	179
Melcior Comes, <i>El meteorito</i>	183
Najat El Hachmi, <i>Diccionario de lengua catalana</i>	189
Marc Pastor, <i>El subterráneo</i>	195
Jordi Lara, <i>[Crisis] Después de la música</i>	201
Tània Juste, <i>Una verbena muy especial</i>	211
Borja Bagunyà, <i>Noche de lunes</i>	223
Antoni Martí Monterde, <i>La estación de Retiro</i>	233
Llucía Ramis, <i>I / III</i>	241
Jordi Llavina, <i>El primito andaluz</i>	245
Judit Ortiz Cardona, <i>Quiero un caballo</i>	257
Roger Coma, <i>Los planes ofensivos</i>	261
Montse Banegas, <i>Tiempos de miedo</i>	269
Roc Casagran, <i>El canto aquel</i>	277
Gerard Guix, <i>Otra puerta cerrada</i>	281
Joan Esculies, <i>El pub de Davy Byrne</i>	287
Sebastià Alzamora, <i>Primer vuelo</i>	291
Elisabet Goula Sardà, <i>Retorno</i>	302
Pau Planas, <i>Catorce de abril</i>	313

Jordi Puntí, <i>Los niños</i>	317
Joan Miquel Oliver, <i>Capítulo I</i>	329
Judit Pujadó, <i>Los buenos tiempos</i>	335
Manel Zabala, <i>¡Auuu!</i>	345
Albert Balasch, <i>Cuaderno del fraude</i>	351

PRÓLOGO:
SÓLO CUANDO OLVIDO QUE EL TIEMPO, UN DÍA,
SE NOS TERMINA

*Mientras estábamos terminando de editar
este libro murió mi queridísimo amigo Pere Coll.
Acuérdense de él durante un instante.*

Este libro está originalmente escrito en una lengua pequeña, protegida con celo y querida por la mayoría de sus hablantes como si fuera un objeto precioso. La lengua con la que aprendí a hablar y que todavía uso hoy para mecarme, acompasadamente, en mi pasado, los lugares de mi infancia, mis muertos. Una lengua que convive siempre, en cualquier territorio donde se hable, con otras lenguas: el español, el italiano o el francés. Y que tiene acentos, variantes y dialectos diversos que nosotros sabemos reconocer como si fueran rabiosamente distintos pero que de lejos podrían parecer todos iguales. Este libro está originalmente en una lengua que guarda con orgullo y con afecto la semilla en la que todavía late el latín vivo más antiguo de Europa. La lengua en la que no consigo encontrar el primer vocablo que aprenden los niños. La lengua que tiene sinónimo para el ser pero carece del uso del verbo amar. Una lengua que se columpia entre el lenguaje común y el lenguaje culto. Que tiene licencia para decir cosas que no podemos escribir y cuyos hablantes nos maravillamos siempre cuando encontramos palabras que desconocemos. La lengua de la que hablamos cuando hablamos de nosotros. Y la lengua que yo, también, aprecio como si fuera algo íntimo, precioso.

Y sin embargo esta lengua nuestra se confunde a menudo

con acciones y deseos que no hablan de lenguas, de mecedoras, de muertos, de manos ni de territorios. Y por eso, en ocasiones, nos piden que la expliquemos como si debiéramos utilizarla siempre, utilizarnos siempre, para hablar de cosas repetidas e íntimas y familiares que se alejan de la pasión literaria, la curiosidad en la escritura, las lecturas. Como si fuese necesario decir, una y otra vez, quiénes somos, cómo nos sentimos, dónde estamos. Pero ésta es una petición absurda. Porque nuestra lengua no es un globo aerostático con el que alejarnos de todo para protegernos, diferenciarnos, definirnos ni convertirnos en una sola cosa vista desde un punto inaudito del espacio. Sino que es un cedazo hecho con venas y laberintos y ritmos y pasiones y tensiones distintas que guardan en su entraña literaria una de las escrituras europeas más desconocidas fuera de su territorio. Una literatura que permanece oculta, silenciosa y apenas traducida. Una tradición antigua y firme que plantó sus raíces en las raíces de toda Europa y que a medida que se nos acerca suena como sonarían las voces extinguidas de Francesc Trabal, Víctor Català y Llorenç Villalonga. Porque la nuestra es una lengua que se hila y en la que todavía sabemos reconocernos. Y porque aún hoy, leyéndonos, podemos sospechar qué otras cosas hemos leído. Quiénes somos en este árbol literario en el que nos encontramos todos. Y aquí, en esta continuidad que yo heredé y que comencé a tejer con las leyendas que me contaba mi abuelo Jaume o los libros que compartía con mi padre, las ediciones de Pere Calders que había en mi casa, las poesías que leía con Oriol Pons de Vall y los volúmenes de infancia que me compraba mi madre, de algún modo, podrían converger infinidad de nombres que ahora ya son nubes y que tienen debajo un mundo literario que habité. Y que no obstante: no es el mundo en el que, literariamente, crecí.

Porque cuando elegí dedicarme con orden y disciplina a la escritura y la lectura, yo vivía a miles de kilómetros de aquí. Y cuando más tarde regresé a Catalunya, ya tenía treinta y cuatro

años y busqué en mi generación y la generación que me precedía como si estuviera aprendiendo a leer. Sin saber quiénes eran los autores a los que descubría ni qué habían hecho. Con tantísima libertad como tendría si mañana decidiera trasladarme a algún lugar del que no sé nada y quisiera averiguar qué literatura se está haciendo ahí. Con la misma inercia un poco ingenua. Y aun así, buscando lo que quería leer entre las cosas que se escribían en lengua catalana, me regresaron otras muchas cosas que ya había leído antes y pude volver de nuevo, volver leyendo, a casa. O a esta casa catalana que es una de mis muchas casas. Uno de mis muchos mundos. Uno de los espacios literarios que está cubierto por nubes que cobijan con nostalgia la lengua con la que nací. Mi mecedora, los lugares de mi infancia, mis muertos.

Y esa oportunidad, única para una lectora, de aterrizar de nuevo encima de mí, me provocó una curiosidad literaria, insólita y sorprendente, que consideré un regalo inesperado: la posibilidad de aprender a leer de nuevo. Sin prejuicios. Sin culpabilidad por no conocer bastante, sin nostalgia por no formar parte de una tradición lectora que me era propia y sin ningún impedimento artístico que me impidiera buscarme entre las voces de los otros. Al contrario: con una curiosidad que me convirtió en la lectora dispersa de literatura catalana que todavía soy hoy y que me sigue gustando ser.

Aunque, claro, durante todos los años que viví fuera: leía. Y viajaba a menudo a Catalunya y compraba libros y mi familia me mandaba otros y pasaba temporadas en México con los refugiados catalanes de la República y tenía acceso a sus bibliotecas y todo seguía convergiendo en un pasado del que yo todavía formaba parte. Pero no me sumergí en la literatura catalana contemporánea hasta que fui una lectora con gustos suficientemente definidos como para buscar lo que creía que querría leer. Y entonces me sorprendí mucho más de lo que yo misma hubiera esperado. Dudo que esto me convierta en una lectora perezosa de esta tradición que heredé sin elegir, sino en alguien que ha

accedido a ella desde un lugar distinto, con una literatura mexicana que le es profundamente lejana a la catalana, alguien que en cierto modo ha crecido en otro idioma y que ha reservado el catalán literario, casi, al ámbito de la escritura, alguien que se ha dejado guiar por una cuestión prácticamente física de gustos personales.

Madeja de paja en un campo lejano.

Y esto que podría haber supuesto un inconveniente yo siempre lo asumí como una posibilidad. Y ésta es la razón por la que en este libro no hay vocación canónica ni panorámica ni académica ni histórica ni crítica. Sino únicamente lectora. Aquí no elijo, leo como leería en casa. Leo como habría leído todo lo que está en este libro si no me hubiera propuesto hacer este libro. Leo en silencio, tumbada en el sofá, pensando entre texto y texto en otras cosas. Y a pesar de que esto podría significar que no he reflexionado suficiente para hacer un libro como éste, no ha sido así. Porque desde el principio entendí *Voces* como mi responsabilidad. Y ahora que lo he terminado, veo en este libro mi proceso lector, un recorrido personal y una íntima búsqueda durante un periodo concreto de mi vida. Aquí yo: me reconozco. Y descubro en este libro una de las muchísimas miradas con las que podemos leer, hoy, la nueva literatura catalana. Pero hay otras, tanto o más interesantes que la mía. Y es por esta razón que este libro no trata de hacer ningún corte definitivo ni generacional, sino que pretende ser, más que cualquier otra cosa, una invitación a continuar leyendo. Una tarjeta de visita. Un pastel de cumpleaños. Aunque *Voces* haya sido, también, un proceso muy divertido y el resultado de una pretensión sincera, meticulosa y honesta, que yo he hecho por razones íntimas y literarias.

Lo sé porque lo escribí, antes de saber que haría este libro, en la sección de cultura de *El Periódico*. Cuando en un artículo titulado «La extraña autocrítica catalana» que publiqué en 2009, decía:

«No hay suficientes argumentos artísticos como para pensar que nuestra literatura, tal y como hacen otras tradiciones literarias de las que nos nutrimos —la americana, la mexicana, la francesa, la británica, la india, la castellana, la argentina, la árabe...—, no pueda ser incluyente y común. Una literatura con curiosidad por ella misma, que sume con normalidad lo que llega del exterior, que dialogue, se refleje y se enfrente a otros idiomas y otras tradiciones a la vez que asuma, sin vergüenza, un tronco común. Con un interés por la propia escritura poderoso y compacto. Pero no sucede. Sino que muchos escritores explican que nunca leen literatura en lengua catalana, algunos editores de Catalunya —que editan tanto en catalán como en castellano— dicen que nunca encuentran nada bueno escrito en catalán, las culturas con las que convivimos a menudo comentan que hacemos una literatura de segunda y un buen número de lectores asegura que están cansados de una literatura que presuponen que se está haciendo, pero que en realidad desconocen. Y yo no lo entiendo. Porque me duele un poco el corazón cuando pienso que estamos obviando algunos escritores formidables. En el idioma que sea. Y es por eso, de verdad, de verdad, que me gustaría saber a quién nos referimos cuando decimos que la literatura catalana es mala. Qué hemos leído y qué buscamos. Qué es esto que estamos convencidos de que no nos gusta.»

Y ahora salgo de aquel artículo y regreso a este prólogo para decir que:

leer es un acto de libertad y de responsabilidad. Y las tradiciones deben dialogar entre ellas, renovarse, interrogarse, ponerse en duda. Pero al margen de todo esto, me he cansado de escuchar, desde que regresé a vivir a Catalunya, que la literatura catalana no está a la altura de otras cosas que leemos sin haber hecho antes una inmersión. Y también me he cansado de que nuestro diálogo con otras literaturas de otros lugares del mundo a menudo no nos parezcan de igual a igual. Pero, sobre todo, me siento cansada de que toda esta reflexión, que es tan necesaria

para los lectores y que es el motor de nuestra libertad y nuestra curiosidad culturales, sea usada para hablar, casi siempre, de otras cosas. Como si el arte no fuera, no sólo importante, sino imprescindible. Prioritario. Esencial.

Mi abuela paterna, que nació en un pueblo menorquín llamado Es Mercadal, solía decir que *casquí és casquí* (cada quien es cada quien). Y yo quise que este libro pudiera ser leído como una búsqueda hecha con curiosidad y una pregunta: ¿qué se está haciendo en narrativa catalana contemporánea hoy? De modo que durante casi un año he tratado de averiguarlo leyendo alrededor de cien autores. Buscando no el conjunto de sus obras sino sus textos. Sin recurrir a los escritos de mis amigos sino a las lecturas de librerías, editores, lectores, críticos, artículos, entrevistas, otras antologías... Porque quise leer mi generación catalana con la sensación de no conocer nada y sin reconocer el trabajo ni las vidas de los autores que he estado leyendo. Con la intención de buscar textos que pudieran crear, juntos, una narración común. Y para hacerlo recurrí a cómplices y recomendaciones y chivatazos, pero finalmente: leí sola. E hice un corte en el tiempo que desgraciadamente dejó afuera a autores como Pasqual Farràs, Núria Perpinyà o Sebastià Perelló, pero que me pareció necesario para acotar mis lecturas y tratar de hacer, con mi selección, una biblioteca. Y luego elegí, hablé y hablé y hablé con los autores para dar con el texto adecuado, rechacé algunos escritores que me gustaban pero no tenían sentido en esta voz continuada que quería crear y me entristecí porque otros más no quisieron formar parte del proyecto. Y al final busqué un orden que a mí me parece estructural pero que probablemente no sea otra cosa que una manera subjetiva de leer.

Y el resultado no es un catálogo de la mejor literatura que se escribe en lengua catalana. No es una lista de nombres. Sino una selección que reúne casi cincuenta textos que a mí me ha interesado y me ha gustado buscar, leer, elegir y, en algunos casos, editar. Y que son voces que no tienen que ver únicamente con

mi gusto más personal, sino también con la antena con la que trato de rastrear textos que valen la pena porque están sencillamente bien escritos. Textos que funcionan como si fueran relojes. Textos cerrados. Redondos.

Así que *Voces* no son unas páginas amarillas que descartan todo lo que no está en su índice y cubren con una pátina de distinción lo que sí quedó. Sino que este libro es una invitación a leer buenos textos, a entrar en una literatura desconocida y a hacer una inmersión insólita y poco frecuente en la nueva narrativa catalana. Y es también, por encima de cualquier otra cosa, el resultado de un proceso de búsqueda independiente, meticuloso, honesto y muy exigente con el que yo he aprendido muchas cosas y que espero que a ustedes les sirva para (re)descubrir una literatura, en muchas ocasiones, deslumbrante y modernísima en la que reconocerán una voluntad universal, arriesgada y rabiósamente viva. Y es, finalmente y por encima de todo, una invitación a aprender, a dialogar, a que pensemos en la lectura como un acto profundo de libertad que no es necesario que pase por ningún filtro cuando es planteada como una búsqueda sincera y rigurosa. Porque *Voces* está hecho con la convicción de que la voluntad lectora nunca es un ejercicio inútil y que, cuando es honesto, es siempre respetable. Y, sobre todo, siempre es importante.

Y quiero dedicar esta convicción y este trabajo a todos los autores que han puesto su voz para que esta narración conjunta fuera posible. Porque no quería dejar de agradecerles a todos ellos que confiaran en este proyecto cuando ni yo misma sabía qué quería encontrar en los textos que les pedía. De modo que quiero invitarlos a todos ustedes a escuchar las voces que finalmente han creado, juntos, las prosas de poetas como Laia Noguera o Albert Balasch; las narraciones surrealistas de Ramon Erra, Guillem Sala y Joan Miquel Oliver; los ecos tradicionales de Jo Alexander, Sebastià Alzamora y Tània Juste; las nostalgias rurales de Pep Puig y Maite Salord; la modernidad de Edgar

Cantero o Anna Carreras; la solidez de Neus Canyelles, Borja Bagunyà, Jordi Lara y Francesc Serés; la narrativa que quizás ya hayan leído de Toni Sala o Jordi Puntí; la periferia de Montse Banegas, el texto inédito de Elisabet Goula, el ritmo de Judit Pujadó y la cruel ternura de Albert Roca: a quien he robado una frase del cuestionario que mandé a los autores para escribir sus biografías para titular este prólogo. Aunque hay más, mucho más. En total 47 textos de 41 autores.

Les pido que ahora los escuchen a ellos. Valen mucho la pena.

LOLITA BOSCH